



¿POR QUÉ EL MAL?

El dolor es una realidad misteriosa. Ninguna hay tan inexplicable. El enigma del dolor es el misterio de su sentido. Tiene la condición de “certeza existencial”, de que es inevitable. La pregunta decisiva se podría formular, pues, más o menos así: “¿Tiene sentido el dolor?”. El hombre no sólo siente el dolor, sino que reflexiona sobre él. Su sufrimiento no es sólo corporal, es mucho más profundo, ya que llega hasta su espíritu porque siente los abandonos, los fracasos, la soledad, las dificultades. Ninguna cosa ha hecho volver hacia el cielo tantas miradas como la noche. ¡Lo mismo hace la noche de las tribulaciones, la noche de la desgracia!



Si la existencia del hombre, estuviera basada en un azar puro que repartiera caprichosamente la prosperidad y la desgracia; si esa existencia terminara definitivamente con la muerte; si el saldo final de la vida fuera el sinsentido, ¿cómo no acusar de absurda la vida del ser humano? Es en esa línea que Eugène Ionesco, dramaturgo de gran brillantez, dice “*Creo en Dios... porque creo en el mal*”, lo que ratifica la idea de que si no existe Dios estamos sin esperanza, y es posible entonces coincidir con Dostoyevski, en lo que hace decir a uno de sus personajes, en su libro “Los hermanos Karamazov” “*Si Dios no existe todo está permitido*”

Podemos tener la seguridad de que ni el placer ni el dolor pueden tener la última palabra; es decir ni uno ni otro pueden suponer la realidad definitiva del hombre. No, no podemos ser títeres en manos de un destino que gobierne ciegamente nuestras vidas. Hay pistas y huellas de sobra para tener esperanza cierta de que no es así.

La actividad divina se ejerce, excepto en los milagros, por medio de las leyes naturales que son deterministas. Una parte de las desgracias que sufre el hombre son debidas a los fenómenos que se producen en la naturaleza, como terremotos, ciclones, inundaciones, sequías, etc. Y es que la Tierra está en constante cambio. Además están las enfermedades, y el envejecimiento. Pero el dolor también es provocado por el mismo hombre: Las guerras, las injusticias, las drogas, el egoísmo, el poder, el odio, la corrupción, la ambición, el fanatismo, etc.

Dios no nos ha creado como robots. El ejercicio de la libertad hace al hombre capaz del bien y del mal. Al crear personas libres, capaces de amar, pero también de negarse a amar, Dios, desde que creó un ser libre, ha introducido en la Tierra una incógnita. Existe entonces el riesgo de que la libertad humana se niegue a recibir de Dios su suprema felicidad, que no quiera depender de la voz de su conciencia por la cual Dios, misteriosamente, le conduce hacia su eterno destino. El peligro está en que el hombre decida por sí mismo lo que está bien y lo que está mal.

Dios quiere que el hombre alcance su plenitud en una elección libre; no quiere que el hombre “caiga” en Él, sino que se eleve hacia Él, libremente. La creación es para los cristianos, un acto de amor generoso. Ha creado a las criaturas para su bien, desea su felicidad y las invita a participar de su vida divina: éste es el fin último de la creación, esa es la intención de Dios.

En clave cristiana, hay que decir que al mismo tiempo que tenemos la experiencia diaria de un mundo doloroso, hemos recibido una garantía suficiente de que la realidad última es justa y amorosa. El dolor está destinado a convertirse en alegría. Esa anulación final y real del sufrimiento supone la fe en una “ilimitada totalidad de sentido”. Pero si la realidad última es justa y amorosa, el triunfo del sufrimiento es una victoria efímera. Al final deberá ceder su puesto al júbilo y el gozo eternos.

La esperanza firme es que Dios enjugará toda lágrima y ya no habrá muerte, ni llanto, ni fatigas, porque todo lo anterior ha pasado. Es desde luego, una gran esperanza, que cuenta con la mayor garantía imaginable: la promesa ya realizada, la venida del Hijo de Dios al mundo, su Pasión y su Resurrección, real y verdadera, así como su compromiso: “*He aquí que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo*” (Mt 28, 20), y la de: “*Venid a mí todos los que estáis cansados y agobiados y yo os aliviaré*” (Mt 11, 28). Nuestro Dios es el Dios vivo. Un Dios que no nos pide resignarnos al mal, que curaba siempre que se lo pedían. Su propia vida fue una constante protesta contra él, un don total de Sí hasta el sacrificio absoluto.

La respuesta de Dios al mal está en Cristo que no vino sólo a reparar los estragos del pecado en la creación, sino a manifestarnos quién es Dios y quién es el hombre, y a mostrarnos la verdadera senda: “*Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida*” (San Juan 14, 1-12). El que cree que Jesús crucificado es el Hijo de Dios, descubre que Dios se ha puesto de parte de los hombres heridos por la desgracia; la cruz es la respuesta de Dios, insospechada, a través de la manifestación de un amor infinito a los hombres, ofreciendo a su propio Hijo.

El que sufre y cree en Jesús puede ahora pedirle con confianza y constancia ayuda, aceptar que todo tiene un sentido, aunque no lo veamos ahora, y también ofrecer su dolor por los demás. Jesús aceptó, obediente, la voluntad de su Padre y nos redimió con su dolorosísima Pasión. El problema del mal, visto al pie de la Cruz toma otras dimensiones. No está resuelto, pero está superado. El sufrimiento vivido “con” Jesús, arranca a los cristianos de la soledad.

En los hospitales, en los lechos de dolor, ¡cuántos cristianos auténticos viven en unión con Cristo! La respuesta de Dios es una respuesta vivida por innumerables cristianos que ha comprendido las Bienaventuranzas. El camino elegido por el Hijo de Dios, al venir a la Tierra, es el ofrecerse como víctima para salvarnos a todos. Con su vida y su sacrificio nos enseñó el único camino posible de transformación, hacer el bien y servir a los demás. **Gracias a Él, el dolor en las personas que sufren ya puede orientarse, ya puede tener significado. De este modo el hombre que padece no sólo no es inútil ni gravoso, sino que es de gran valor para sí y los demás.** La muerte de Jesús no es el último acontecimiento de la historia de la salvación, su Resurrección arroja sobre ella una nueva luz. La fe cristiana es la fe en Jesús vencedor del mal.